

## LAS LLAMAS DE NUEVA YORK

El sur de Manhattan pronto fue un horno de llamas carmesí, de las que no había escapatoria. Los coches, los ferrocarriles, los *ferries*, todos se habían detenido y ninguna otra luz más que la del incendio alumbraba el camino de los distraídos fugitivos en aquella oscura confusión [...] Una nube de polvo y humo negro avanzaba invadiendo las calles y enseguida se teñía de visos de llama roja<sup>1</sup>.

Esta imagen, parte de una larga nota de advertencia de la «Masacre de Nueva York», permaneció dormida durante casi un siglo sobre un estante trasero de la Biblioteca Pública de Nueva York. H. G. Wells, aquel Nostradamus socialista, la compuso en 1907. La edición estadounidense de su *War in the Air [Guerra en el Aire]* incluye una extraordinaria ilustración (¿no es de la CNN?) de una tormenta de fuego que devora Wall Street, con la iglesia de la Trinidad ardiendo lentamente al fondo. Wells proporcionaba también algunas reflexiones perspicaces y hostiles sobre la creencia mesiánica de Nueva York en eximirse del lado malo de la historia.

Durante muchas generaciones, Nueva York había hecho caso omiso de la guerra, salvo como algo que sucedía muy lejos, que afectaba a los precios y que surtía a los periódicos de titulares y fotos excitantes. Los neoyorquinos creían que la guerra en su propio país era algo imposible [...] Veían la guerra como veían la historia, a través de una bruma iridiscente, desodorizada, de hecho perfumada, con todas sus crueldades esenciales discretamente ocultadas. Aclamaban la bandera por costumbre y tradición, despreciaban a otras naciones y siempre que había dificultades internacionales, se mostraban intensamente patrióticos, es decir, se oponían con fervor a cualquier político autóctono que no decía, amenazaba con hacer y hacía cosas duras e inflexibles al pueblo rival<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> H.G. WELLS, *The War in the Air*, Nueva York, 1908, pp. 210-211; en lo sucesivo WA.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 181-182.

Cuando una política exterior dominada por los *trusts* y por los monopolios enzarza a Estados Unidos en una Guerra de Potencias general, los neoyorquinos, sin ser todavía conscientes de ningún peligro real, corren a abrazar las banderas, el confeti y una presidencia imperial.

Y entonces, de repente, en un mundo en su mayor parte ocupado pacíficamente en la armamentística y en el perfeccionamiento de explosivos, penetró la guerra [...] El efecto inmediato en Nueva York [...] fue simplemente el de una intensificación de su habitual vehemencia. Grandes multitudes se juntaban [...] a escuchar y aclamar discursos patrióticos y había una verdadera epidemia de pequeñas banderas e insignias [...] los hombres aguerridos lloraban al ver la bandera nacional [...] el tráfico de armas ligeras recibió un enorme estímulo [...] y se volvió peligroso no lucir una insignia de guerra [...] Históricamente, uno de los hechos más impresionantes en torno a esta guerra, un hecho que además hace absoluta la separación entre los métodos de la guerra y la democracia, fue el eficaz secretismo de Washington [...] No se molestaron en confiar ni un solo detalle de sus preparativos al público. Ni siquiera se dignaron a hablar al Congreso. Sufocaron<sup>3</sup> y reprimieron toda investigación. La guerra la libraron el Presidente y el Secretario de Estado de un modo absolutamente autocrático.

Pero los estadounidenses, cegados por la ilusión solipsista de vivir en una historia de factura exclusivamente propia, son blancos fáciles de esa nueva Asiria conspiradora: la Alemania guillermína. Atacada por sorpresa por la flota imperial de zeplines, la Nueva York del *ragtime*<sup>4</sup> se convierte en la primera ciudad moderna destruida desde el aire. En un solo día, los altaneros manhattanianos se ven reducidos a nativos degollados.

Conforme las aeronaves surcaban el cielo, iban destrozando la ciudad del mismo modo que un niño haría añicos sus ciudades de tacos y naipes. Por debajo, iban dejando ruinas e incendios chispeantes y muertos apilados y esparcidos: hombres, mujeres y niños todos revueltos como si no hubieran sido nada más que moros o zulúes o chinos<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> El verbo «sufocar» traduce el verbo inglés *burk*. Este verbo se deriva del nombre de un estrangulador irlandés del siglo XIX (William Burk, 1829), siendo similar a la derivación utilizada en castellano del verbo «linchar» procedente del nombre del capitán William Lynch. «Sufocar» es una forma antigua y coloquial de decir «estrangular, sofocar», que aunque no tiene una genealogía similar a *burk*, puede producir en el lector un efecto similar. [N. de la T.]

<sup>4</sup> Aquí el autor hace un juego de palabras intraducible: ya que, en inglés, *ragtime* alude al estilo musical de este nombre (caracterizado por una línea melódica sincopada y por un acompañamiento con acentos regulares y desarrollado en el marco de la música afroamericana en la última década del siglo XIX) pero, también, como calificativo, nos habla de indisciplina y de mala reputación. Por consiguiente, Mike Davis evoca una Nueva York a ritmo de *ragtime* (y, por lo tanto, jazzística, negra...) y, al mismo tiempo, caótica y malfamada. [N. de la T.]

<sup>5</sup> H. G. Wells, *WA*, cit., pp. 182-183, 186 y 211.

## I

*El mascarón. ¡Mirad el mascarón!  
¡Arena, caimán y miedo sobre Nueva York!*  
Federico García Lorca<sup>6</sup>

Si bien Wells, mirando a través de su catalejo eduardiano, previó, con un enfoque de inquietante precisión, el final del excepcionalismo estadounidense, la suya no es más que una entre la miríada de visiones que se nos echan encima desde que el World Trade Centre se convirtió en la cuna de todos los terrores. Los poemas neoyorquinos de Lorca, por ejemplo, están tan saturados de miedo y profecía que el propio autor los tituló en un principio «Introducción a la muerte». Durante el Martes Negro primigenio de 1929, el poeta andaluz vagó por los cañones de Wall Street, mirando asombrado cómo los inversores arruinados se arrojaban desde las ventanas de monstruosos edificios. «Las ambulancias se llevaban a los suicidas –escribió– con las manos llenas de anillos.» En medio del «silencio despiadado del dinero», Lorca sintió «la impresión de la muerte real, la muerte sin esperanza, la muerte que es podredumbre y nada más». Fue sencillo para él imaginar, pues, la inevitable destrucción del sur de Manhattan por «huracanes de oro» y por el «tumulto de las ventanas» –una intuición gitana, quizá, de la mortífera nube negra que engulló Wall Street en septiembre<sup>7</sup>–. O, tal vez, la nube mortal era en realidad aquel «vendaval que sopla desde el Paraíso [...] apilando escombros sobre escombros» del que Walter Benjamin nos advirtió<sup>8</sup>. En cualquier caso, lo que se ha tomado la revancha no ha sido sólo «lo que llamamos progreso» (es decir, la verdadera historia del imperio estadounidense en Oriente Próximo), sino, también, todas las catástrofes, ángeles vengadores y ajustes de cuentas que hemos imaginado.

La urbanización amurallada sobre el Sendero del Fin de la Historia resultó no ser más que una parada de metro de *La guerra de los mundos*. La *fatwa* desde una cueva de Afganistán desbocó y enardeció a todos los invasores y monstruos que alguna vez hicieran estremecer a los *fans* de *Amazing Tales* o de Universal Pictures. Los zepelines de Wells dejan caer una abrasadora lluvia de muerte sobre Wall Street. King Kong y Godzilla pulverizan la Quinta Avenida. Unos extraterrestres asan el Soho en azufre y brea. Esporas de pesadilla convierten Radio City<sup>9</sup> en una ciudad fan-

<sup>6</sup> «Danza de la muerte» (1929). Véase FEDERICO GARCÍA LORCA, *Poeta en Nueva York*, Barcelona, Editorial Lumen, 1976, p. 32.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 28-33.

<sup>8</sup> «This storm is what we call progress» [«Este vendaval es lo que llamamos progreso»]. WALTER BENJAMIN, «Theses on the Philosophy of History», *Illuminations*, Nueva York, 1969, p. 257 ss.

<sup>9</sup> Radio City es un monumental Music Hall neoyorquino estilo Art-Decó construido en 1932 y perteneciente al complejo Rockefeller Centre. Un Moulin Rouge a la americana, ofrece ese tipo de espectáculos de cabaret que ninguna familia de provincias que se precie puede perderse en su visita a la «gran ciudad». [N. de la T.]

tasma. Fu Manchu y el malvado Ming tienen un primo en Afganistán. La ciencia-ficción sucede. En realidad, cualquier cosa puede suceder. Pero el escalofrío es diferente de como lo esperábamos.

### *Estudios sobre el miedo*

A decir verdad, el 11 de septiembre ha constituido un exorcismo societal al revés. Es importante recordar el ya tenso estado colectivo antes de que el Terror Real llegara de la mano de una flota de aviones de pasajeros secuestrados. Los *Expedientes X* definieron la década de 1990 del mismo modo que los *Honeymooners*<sup>10</sup> habían definido la década de 1950. Se trató de una época de angustia inexplicable. Aunque ahora parezca irrisorio, supuestamente millones de personas se estremecieron ante las amenazas ocultas de helicópteros negros, asteroides asesinos, adolescentes convertidos en perros rabiosos, recuerdos recuperados, enfermedad de Lyme, preescolares satánicos, conductas agresivas en la carretera, fiebre del Ébola, cárteles colombianos, virus informáticos, espías atómicos chinos y otros peligros por el estilo. Entre los científicos sociales y los teóricos culturales, existía un consenso en el diagnóstico de que los estadounidenses sufrían de hipocondría aguda, tal vez terminal. En vísperas del no-apocalipsis *Y2K*<sup>11</sup>, los «Estudios sobre el miedo» —o «Sociofobia», tal y como se denomina en ocasiones a este campo— habían aparecido como el nuevo nicho más caliente de la academia. Docenas de expertos andaban locos por el «creciente dominio de la cultura de la conspiración», el advenimiento de la «sociedad del riesgo», la «hermenéutica de la sospecha», la «plaga de paranoia», el «síndrome del mundo hostil» o el papel recientemente descubierto de las amígdalas como «eje del mecanismo (cerebral) del miedo»<sup>12</sup>.

En lo mejor del género, Barry Glassner desenmascaró sistemáticamente algunos de los trasgos más comunes —hombres jóvenes negros, drogas de calle, corrección política terrorista, etc.— que asediaban deliberadamente el camino hacia la comprensión pública de problemas sociales tales como el desempleo, las malas escuelas, el racismo y el hambre mundial. Demostró

<sup>10</sup> Serie televisiva estadounidense, en clave de comedia de situación, emitida en la CBS desde 1952 y convertida en un auténtico fenómeno de masas durante dos décadas. [N. de la T.]

<sup>11</sup> Acrónimo de *Year 2 Kibias* [Año dos mil] con el que se designaba en las comunidades informáticas el problema digital que sufrirían los ordenadores con el cambio de milenio y que, por el pánico que desató en todo el mundo, acabó constituyéndose en símbolo de la angustia milenarista contemporánea. [N. de la T.]

<sup>12</sup> Algunos estudios representativos: Marina WARNER, *No Go the Bogeyman: Scaring, Lulling and Making Mock*, Nueva York, 1998; Jane FRANKLIN, ed., *The Politics of the Risk Society*, Oxford, 1998; Nancy SCHULTZ, ed., *Fear Itself: Enemies Real and Imagined in American Culture*, West Lafayette, 1999; Paul NEWMAN, *A History of Terror: Fear and Dread Through the Ages*, Nueva York, 2000; y Robert GOLDBERG, *Enemies Within: The Culture of Conspiracy in Modern America*, New Haven, 2001.

con cuidado cómo los miedos conjurados por los medios de comunicación eran «expresiones oblicuas» culpables de la negativa posliberal a corregir las verdaderas condiciones de la desigualdad. El miedo se había convertido en el principal contrapeso para el giro hacia la derecha desde 1980. Los estadounidenses, en opinión de este autor, «tenían miedo de las cosas equivocadas» y estaban siendo engañados por los equivalentes modernos de la celeberrima emisión de Orson Welles de la «Guerra de los mundos». «Los marcianos –subrayó– *no* están llegando»<sup>13</sup>.

Pero, ¡ay!, ahora han llegado, blandiendo *cutters* de bolsillo. Aunque las películas, al igual que las cometas y los rostros de las mujeres, estén prohibidos en la versión de la utopía del Hindu Kush, los ataques sobre Nueva York y Washington DC se organizaron siguiendo el modelo del cine épico de terror, con una atención meticulosa a la *mise en scène*. De hecho, los aviones secuestrados iban dirigidos a provocar un impacto precisamente sobre la vulnerable frontera entre fantasía y realidad. A diferencia de la invasión radiada de 1938, las miles de personas que encendieron sus televisores el 11 de septiembre estaban convencidas de que el cataclismo no era más que un programa, un engaño. Creyeron que estaban viendo las primeras pruebas de la última película de Bruce Willis. Desde entonces, ningún jarro de agua fría ha venido a romper este sentido de ilusión. Cuanto más improbable el acontecimiento, más familiar la imagen. El «Ataque contra América» y sus secuelas, «América contraataca» y «América flipa», han seguido desbobinándose como una sucesión de alucinaciones de celuloide que se pueden alquilar una por una en el videoclub de la esquina: *Estado de Sitio*, *Independence Day*, *Decisión Crítica*, *Estallido*, etc. Entretanto, George W. Bush, que cuenta con un estudio más grande, responde a Osama bin Laden, como hace un *auteur* con otro, con sus propias encendidas hipérboles de gran angular.

¿Se ha convertido la historia sencillamente, pues, en un loco montaje de prefabricados horrores confeccionados en las cabañas de los escritores de Hollywood? Sin lugar a dudas, el Pentágono así lo creía cuando reclutó secretamente a un grupo de famosos guionistas, entre los que se encontraban Spike Jonze (*Cómo ser John Malkovich*) y Steven De Souza (*La jungla de cristal*), para «hacer una lluvia de ideas sobre los objetivos y planes de los terroristas en Estados Unidos y ofrecer soluciones para estas amenazas». El grupo de trabajo tiene su base en el Institute for Creative Technology [Instituto para la Tecnología Creativa], una empresa conjunta del Ejército con la Universidad de California del Sur, que explota la pericia de Hollywood para desarrollar juegos de guerra interactivos con sofisticadas recorridos secuenciales. Uno de sus frutos es *Real War* [Guerra Real], un videojuego que prepara a mandos militares para «combatir contra insurgentes en Oriente Próximo». Cuando, el 20 de septiembre, un

---

<sup>13</sup> Barry GLASSNER, *The Culture of Fear: Why Americans are Afraid of the Wrong Things*, Nueva York, 1999, p. 203.

«organismo de inteligencia extranjero» no identificado advirtió al FBI de un posible ataque sobre un estudio muy importante de Hollywood, se trataba del último giro en una cinta de Moebius que imbrica con la simulación realidad, para luego volver otra vez a la simulación<sup>14</sup>.

### *Lo siniestro interminable*

El mero escepticismo parece impotente a la hora de suprimir el mascarón fantástico que lucen semejantes acontecimientos. Cuando los hipocondríacos contraen efectivamente la plaga del peor de sus miedos, sus ontologías suelen verse violentamente desbaratadas. Al ver la Torre Sur del WTC desplomarse sobre sus miles de víctimas, el hijo de un amigo dejó escapar la siguiente frase: «pero esto no es real del modo en el que las cosas reales son reales». Exactamente. Ni tampoco da una impresión de realidad del modo como las cosas reales la dan. Desde luego que existe un nombre adecuado para esta sobrecogedora sensación de realidad invadida por la fantasía. «Un efecto *siniestro* –escribió Freud– se produce a menudo y con facilidad cuando la distinción entre imaginación y realidad se borra, como cuando algo que hemos considerado hasta el momento imaginario aparece ante nosotros en la realidad»<sup>15</sup>.

No estoy seguro, sin embargo, de que Freud previera una noche de Walpurgis<sup>16</sup> como ésta, de siniestros dobles y repeticiones. La psicoanalista israelí Yolanda Gampel, una experta en los legados del Holocausto sobre segundas generaciones, ha abordado ese estado más extremo que ella llama «lo siniestro interminable». Se trata de una sensibilidad –cuyas prerrogativas ahora tal vez se hayan distribuido de forma masiva– que usurpa la vida de quienes han presenciado una «realidad pasmosa, increíble e irreal», como una masacre. Estas personas «ya no creían del todo en lo que veían sus propios ojos: encontraban dificultades para distinguir entre esa realidad irreal y su propia imaginación. [Además] un ataque semejante a la línea divisoria entre fantasía y realidad se hace de suyo traumático y

<sup>14</sup> *Los Angeles Times*, 21 de septiembre del 2001; y Reuters, 8 de octubre del 2001.

<sup>15</sup> S. FREUD, «The Uncanny» (1919), en *Volume 14: Art and Literature*, Londres, The Penguin Freud Library, 1985, p. 367 [ed. cast.: *Lo siniestro*, Barcelona, Olañeta, 2001].

<sup>16</sup> Bajo el nombre de Noche de Walpurgis se conoce la noche del 30 de abril, en la que, según cuenta la tradición medieval noreuropea, se celebraba un *sabbat* de brujas sobre el Brocken, el pico más alto de las montañas Harz, en Alemania. Esta fiesta tenía lugar la víspera de otra festividad, ésta cristiana, en honor de una santa, a la que debe su nombre: Santa Walburga, una monja inglesa que, en la primera mitad del siglo VIII, ayudó a convertir a los germanos al cristianismo y que, en el año 754, fue nombrada abadesa de la orden benedictina de Heidenheim. Sin embargo, el origen de la Noche de Walpurgis es anterior al cristianismo: una antigua festividad pagana que recibía el inicio del buen tiempo y que incluía ritos dirigidos a protegerse de la brujería. Goethe inmortalizaría la Noche de Walpurgis en *Fausto*, con su impresionante descripción de una escena de *sabbat* sobre el Brocken. [N. de la T.]

conduce a un gran temor hacia los propios pensamientos y expectativas»<sup>17</sup>.

Indiscutiblemente, hay también una importante dimensión, quizá efímera, de la histeria de toda la vida. Cuando el alcalde de Chicago tiene que asegurar por televisión a la ciudadanía que un pegote de guacamole sobre una acera no es ninguna variedad andromedana letal, entonces estamos de nuevo en el ámbito de los pánicos familiares al estilo de los marcianos radiados de Wells en New Jersey o del «bombardeo» japonés de Los Ángeles en el período inmediatamente posterior a Pearl Harbour. Pero cuando la histeria se apague, es probable que lo siniestro persista, tal y como explica Gampel, «no [como] síntoma, comportamiento u organización neurótica», sino como «experiencia vivida»: un presentimiento permanente acerca del espacio urbano como *Ground Zero*<sup>18</sup> potencial.

## II

*El sombrero del burgués sale volando de su puntiaguda cabeza [...] Los trenes se caen de los puentes.*

Jakob van Hoddis<sup>19</sup>

Desde luego que, desde una perspectiva psicoanalítica, hay más que decir. Según la definición de Freud de lo siniestro, éste implica siempre cierto «retorno de lo reprimido», como cuando, «después del hundimiento de su religión, los dioses [de un pueblo] se convierten en demonios»<sup>20</sup>. (¿O sus rascacielos en infiernos?) ¿Pero cuál es la raíz reprimida del miedo urbano moderno? ¿Cuál es el substrato psicosocial último sobre el que la política (¿y qué otra cosa es si no?) ha ido depositando una capa tras otra de peligros espectrales: miedo a los pobres, miedo al crimen, miedo a la negritud y, ahora, miedo a bin Laden?

La respuesta más interesante, por lo menos dentro de la tradición marxista, llega de la mano de Ernst Bloch. Aunque conocido fundamentalmente como dialéctico de la esperanza, Bloch prestaba también atención

<sup>17</sup> Yolanda GAMPEL, «The Interminable Uncanny», en Leo Rangell y Rena Moses-Hrushovski, eds., *Psychoanalysis at the Political Border*, Madison, 1996, pp. 85-96.

<sup>18</sup> En términos generales, el *Ground Zero* es el perímetro de impacto sobre el terreno de la explosión de una bomba, especialmente atómica. Pero desde el 11 de septiembre, esta expresión ha adquirido nuevas resonancias: sin necesidad de atributo ni complemento alguno: cualquier estadounidense (y no sólo) entiende por *Ground Zero* la «zona congelada» en torno al WTC que permanece acordonada desde los atentados sobre las Torres Gemelas, recordando la catástrofe e invocando premoniciones de nuevas amenazas. [N. de la T.]

<sup>19</sup> J. VAN HODDIS, «Fin del mundo» (1919); véase Johannes BECHER, «On Jakob van Hoddis», en Paul Raabe, ed., *The Era of German Expressionism*, Woodstock, 1985, pp. 44-45.

<sup>20</sup> «Lo siniestro [*Unheimlich*] es algo secretamente familiar [*heimlich-beimisch*] que ha sido objeto de represión y que, luego, ha retornado...». Freud, «The Uncanny», cit., pp. 358 y 368.

a las siniestras cualidades de la gran ciudad. En su calidad de único expresionista impenitente en las filas del marxismo occidental, conservó esa sensibilidad apocalíptica que había brotado por primera vez en el poema revolucionario «Fin del mundo» que Jakob van Hoddis leyera en el *Das Neopathetische Cabaret* a finales de 1910. «Algo siniestro flotaba en el aire» y el *Expressionismus* fue el pararrayos que captó el miedo urbano en la antesala de la Primera Guerra Mundial y que lo convirtió en una visión prefiguradora de los horrores por venir<sup>21</sup>. Los poemas de George Heym y Georg Trakl y los lienzos de Franz Marc, Ernst Kirchner, Erich Heckel y, sobre todo, Ludwig Meidner ardían de clarividentes imágenes de víctimas de asesinato, habitáculos viniéndose abajo, ciudades explotando y cuerpos por los aires. De hecho, Meidner –que escribió que «la calle lleva lo apocalíptico dentro de sí»– no podía asomarse a la ventana sin quedar abrumado por la inminencia del desastre. «Mi cerebro sangró visiones terribles», escribió del tórrido verano de 1913. «No podía ver más que mil esqueletos sacudiéndose en fila. Multitud de tumbas y de ciudades incendiadas se retorcían sobre las llanuras»<sup>22</sup>.

### *Negra utopía*

En el año, igualmente ominoso, de 1929, Bloch volvió sobre esta aprensión escatológica. En «The Anxiety of the Engineer» [«La angustia del ingeniero»], curiosamente, explica la figura del «burgués temeroso» desde el punto de vista del contraste entre las ecologías urbanas de las ciudades capitalista y precapitalista. En el caso de esta última (para la que Bloch emplea Nápoles como ejemplo), no existe ninguna ilusión de dominio total sobre la naturaleza, sino, sencillamente, una constante adaptación ecológica. La ciudad constituye una improvisación imperfecta y carnavalesca que cede a la transformación continua de un entorno mediterráneo dinámico. «Se permite que las cosas permanezcan en un estado a medio camino de lo real y se disfruta del modo en el que las cosas alcanzan su propio equilibrio y culminación.» Aunque cabría sostener que los peligros objetivos (volcanes, terremotos, desprendimientos de tierra y maremotos) son mayores que para cualquier otra gran ciudad europea, Nápoles se siente a sus anchas (*heimisch*, en el sentido freudiano) con el «viejo dragón» de la naturaleza catastrófica. La angustia no infunde la vida cotidiana a las faldas del Vesuvio.

En la «gran ciudad americanizada», por el contrario, la persecución de la utopía burguesa de un entorno totalmente calculable y seguro ha ocasio-

---

<sup>21</sup> «Estas dos estrofas, estos ocho versos [el poema de van Hoddis] parecen habernos transformado en seres diferentes, habernos transportado fuera de un mundo de burguesía apática que despreciamos...» Becher lo llamaría la «Marsellesa de la Revolución expresionista»: J. Becher, «On Jakob van Hoddis», cit., p. 44.

<sup>22</sup> Citado en Carol ELIEL, *The Apocalyptic Landscapes of Ludwig Meidner*, Los Ángeles, 1989, pp. 65 y 72.



nado paradójicamente una radical inseguridad (*Unheimlich*). A decir verdad, «allí donde la tecnología ha alcanzado una victoria aparente sobre los límites de la naturaleza [...] el coeficiente de peligro conocido y, de forma más significativa, de peligro desconocido ha crecido proporcionalmente». En parte, esto se debe a que los sistemas tecnológicos interdependientes de la metrópoli –tal y como tuvieron ocasión de descubrir los estadounidenses en el otoño de 2001– se hayan vuelto «simultáneamente tan complejos y tan vulnerables». En un sentido más profundo, la gran ciudad capitalista resulta «extremadamente peligrosa» porque, en lugar de cooperar con la naturaleza, la domina. (Aunque Bloch tenga en la cabeza la anticuada ciudad industrial centralizada, es de suponer que su argumentación sería asimismo pertinente para la metrorregión policéntrica y conectada en red.)

Lo siniestro es justamente esa «nada [no integración con la naturaleza] que se sitúa detrás del mundo mecanizado». Aunque Bloch es perfectamente consciente de los peligros inminentes del fascismo y de una nueva guerra mundial, insiste en que la estructura más profunda del miedo urbano no es la «guerra en el aire» de Wells, sino «el desprendimiento y la distancia con respecto al paisaje natural».

El sujeto se tambalea al borde del nihilismo absoluto; y si esta mecanización con o sin propósito, este agotamiento universal del sentido, llegara a su plena realización, entonces puede que el vacío futuro resultara igual que todas las angustias acerca de la muerte de la baja antigüedad y que todas las angustias medievales sobre el infierno<sup>23</sup>.

Años más tarde, en *El principio de esperanza* (1938-1947), Bloch volvió a reflexionar sobre la relación entre la angustia moderna y la «perversión» urbano-tecnológica. En esta ocasión, se centró en el binomio ciencia-ficción y catástrofe. Su pretexto fue el extravagante libro de 1844 de J. Grandville, *Otro mundo*, con sus imágenes de una naturaleza monstruosamente tecnologizada: insectos de hierro gigantes, lámparas de gas tan grandes como la luna, hombres con extraordinarias prótesis mecánicas, etc. Según la interpretación de Bloch, el «pequeño burgués esquizofrénico» Grandville (que «murió tres años después en un manicomio») era el Hieronymus Bosch de la era del vapor y su libro, una inmensa pesadilla angustiada «llena del terror del desafío tecnológico y de lo que éste anuncia». No obstante, el paisaje del terror es también, como en *El Bosco*, voluptuoso y casi infinito en su ironía. Recordándonos que el infierno está lleno de risas, Bloch, con cierta dosis de humor negro, llama a este cataclismo del que se presagia todo lo malo *negra utopía*<sup>24</sup>. Podría haber estado pensando en Nueva York.

<sup>23</sup> Ernst BLOCH, «The Anxiety of the Engineer», en *Literary Essays*, Stanford, 1998, pp. 306-308 y 312.

<sup>24</sup> Ernst BLOCH, *Principle of Hope*, vol. 1, Cambridge, MA, 1986, pp. 434-435.

## III

*Todas estas noches de abril batiendo las calles en solitario, un rascacielos le ha obsesionado, un edificio estriado que se eleva hacia lo alto, con innumerables ventanas resplandecientes que caen sobre él desde un cielo que se desliza vertiginosamente.*

John Dos Passos<sup>25</sup>

La «ironía», por supuesto, es ahora una extranjera ilegal en el país de la libertad. Hasta ironistas profesionales como Christopher Hitchens custodian la zona sagrada de «no ironía» que rodea las ruinas del World Trade Centre. De lo contrario, cabría la posibilidad de establecer diversos paralelismos entre la pesadilla de Jimmy Herf en *Manhattan Transfer* con un rascacielos que se le viene encima y el burgués sin sombrero del apocalipsis expresionista. La angustia urbana serpentea como una corriente de 50.000 voltios por toda la afamada novela de Dos Passos (calificada de «expresionista» por muchos críticos), escrita pocos años después de que unos anarquistas italianos hubieran hecho explotar un carro lleno de dinamita frente a las oficinas de J. P. Morgan en Wall Street en septiembre de 1920, dejando cuarenta muertos y doscientos heridos.

El caballo y el carro volaron en mil pedazos. Llovieron cristales desde las ventanas de las oficinas y estallaron en llamas toldos que se encontraban a doce pisos de altura. La gente huía despavorida a medida que una gran nube de polvo envolvía la zona. En las oficinas de Morgan, Thomas Joyce, del departamento bursátil, cayó muerto sobre su mesa de trabajo entre escombros de yeso y cristal. Fuera, montones de cuerpos atestaban las calles. Había sangre por todas partes<sup>26</sup>.

El Nueva York de Dos Passos, al igual que el Berlín de Bloch, es una gran locomotora que se precipita a toda máquina por raíles que los ingenieros todavía han de construir, hacia destinos desconocidos. La velocidad total fuera de control de la metrópoli, incluido el ebrio balanceo de su arrogante horizonte, constituye el tema primordial de *Manhattan Transfer*. No es de extrañar que los pasajeros de este tren sin frenos sientan algo más que una ligera angustia. Al final, Jimmy Herf responde a su propia pregunta retórica —«Pero, ¿de qué sirve pasarse toda la vida huyendo de la Ciudad de la Destrucción?»— haciendo autostop para salir de la ciudad («¿Ha'ta donde va?», pregunta el camionero. «Ni idea», contesta. «... Bastante lejos.»)<sup>27</sup>.

<sup>25</sup> John Dos Passos, *Manhattan Transfer*, Nueva York, 1925, p. 365. «Los rascacielos suben como llamas, en llamas, llamas»: p. 253 led. cast.: *Manhattan Transfer*, Madrid, Debate, 1999.]

<sup>26</sup> Paul AVRICH, *Sacco and Vanzetti: The Anarchist Background*, Princeton, 1991, p. 205.

<sup>27</sup> John Dos Passos, *Manhattan Transfer*, cit., pp. 366, 404.

La *hybris* de grandes propietarios y policías neoyorquinos les hizo creer en la década de 1990 que la implacable «Tolerancia Zero» podría suprimir esta angustia constitutiva: la «crispación» que generaciones de veinteañeros habían perseguido con la desesperación de yonquis. El expreso de *Gotham*<sup>28</sup> fue desviado hacia una vía muerta de sosiego residencial, escarapate nacional de que «las grandes ciudades volvían a ser seguras». Gobernando desde su denominado «búnker» (el Emergency Command Center [Centro de Mando de Emergencia]) en un vigesimotercer piso del World Trade Centre, el alcalde Giuliani remodeló Manhattan, convirtiéndola en «un parque temático urbano eléctrico tan seguro y, dicen algunos, tan estéril como un centro comercial en una urbanización»<sup>29</sup>.

### *El gusano en la manzana*

En una nueva biografía feroz de Giuliani, Wayne Barrett de *Village Voice* muestra cómo un departamento de policía con un nivel peligrosamente alto de testosterona se convirtió en el organismo de planificación urbana de la ciudad:

El búnker era el emblema de una administración que había cerrado inconstitucionalmente el City Hall Park [Parque del Ayuntamiento] a todo lo que no fueran espectáculos públicos autorizados por la alcaldía, que había bloqueado varios puentes para acabar con una protesta de taxistas, que había colocado barreras en los pasos de peatones del centro de la ciudad para regular el tránsito de peatones y que, la noche más fría del año, había sacado a los sin techo a empujones de camas guarecidas para hacer que se cumplieran viejas órdenes de la magistratura contra las infracciones de la prohibición de llevar latas de cerveza abiertas en público<sup>30</sup>.

Los medios de comunicación, en general, consideraban la intimidación fascista hacia limpiadores de parabrisas, mendigos, taxistas, vendedores callejeros y destinatarios de la asistencia social como el pequeño precio que había que pagar por los triunfos de haberse traído Disney (el imprimátur máximo de seguridad suburbana) a Times Square y haber vuelto a atraer el turismo a Nueva York. Ahora, las gentes de Iowa miran las horripilantes imágenes televisivas del FBI rastrellando los escombros en Fresh Kills<sup>31</sup>

<sup>28</sup> Apodo por el que se conoce a la ciudad de Nueva York, acuñado por el escritor estadounidense Washington Irving en su conjunto de ensayos recogidos bajo el título de *Salmagundi* (1807-1808) y actualmente asociado a las historias de Batman. [N. de la T.]

<sup>29</sup> Wayne BARRETT, *Rudy! An Investigative Biography of Rudolph Giuliani*, Nueva York, 2000, p. 2.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>31</sup> Mayor vertedero del mundo, situado en el barrio de Queens (Nueva York), al que se están trasladando provisionalmente los escombros del WTC y que se ha convertido en un gigantesco laboratorio forense donde cerca de ochocientos especialistas del FBI examinan las montañas de cascotes y despojos en busca de restos humanos y de posibles pistas y pruebas. [N. de la T.]

en busca de restos humanos en proceso de putrefacción (se emplean fuegos artificiales para mantener alejados a los enormes buitres cabecirrojos del vertedero) y le dan gracias a Dios de vivir todavía en la granja o, por lo menos, en una urbanización de acceso restringido de Des Moines. Por mucho que puedan admirar la pose churchilliana adoptada por Giuliani o el valor de los trabajadores de los equipos de salvamento neoyorquinos, las vacaciones familiares no suelen planearse como ejercicios de «superación del miedo». Así que se quedan masivamente en casa: al igual que hacen las miríadas de trabajadores mal pagados y en su mayoría inmigrantes de hoteles y restaurantes, despedidos por la crisis del turismo. Toda antigua connotación de la Gran Ciudad como siniestra morada del peligro, la muerte y la infección se ha visto revalorizada por las «alertas terroristas» casi semanales y por los pánicos finalmente ratificados que han seguido a los ataques de septiembre.

Aunque, indiscutiblemente, muchas sorpresas acechan río abajo, ya ha quedado claro que el advenimiento del «terrorismo catastrófico», conjuntamente con lo que es muy posible que sea la peor recesión desde 1938, dará lugar a importantes mutaciones en la ciudad estadounidense. Apenas cabe duda, por ejemplo, de que bin Laden y colaboradores hayan clavado una estaca de plata en el corazón de la «recuperación del centro» de Nueva York y del resto de ciudades. El centro urbano tradicional, donde los valores de los edificios y del suelo tienden a ponerse por las nubes, todavía no ha muerto, pero está perdiendo pulso. La actual globalización del miedo acelerará la dispersión *high-tec* de las organizaciones centralizadas –bancos, firmas bursátiles, organismos del Estado y centros de telecomunicaciones incluidos– en redes regionales multipunto. El terror, de hecho, se ha convertido en socio empresarial de proveedores de tecnología como Sun Microsystems y Cisco Systems, que han sostenido desde hace tiempo que el procesamiento distribuido (redes de PC que crecen a grandes velocidades) exige un «lugar de trabajo distribuido». En este modelo espacial (del que la red Al-Qaeda podría ser un ejemplo), las sucursales satélite, el teletrabajo y, si se diera la necesidad, también los confortables búnkers, sustituirán la mayor parte de funciones de ese Behemoth<sup>32</sup> obsoleto que es el rascacielos. Hace mucho que los edificios muy altos son básicamente poco rentables; de hecho, el World Trade Centre, absurdamente excesivo en su construcción –un clásico enredo Rockefeller–, se subvencionó en gran medida gracias a los inquilinos de vivienda pública<sup>33</sup>. ¿Se llegará a pensar algún día que los aviones de pasajeros secues-

<sup>32</sup> Monstruo gigantesco de la mitología hebreo-babilónica que gobierna sobre las tierras y es de una ambición y gula infinitas. [N. de la T.]

<sup>33</sup> Robert Fitch señala que los escampos para construir el WTC desplazaron 30.000 puestos de trabajo y, al impulsar el desarrollo del adyacente Battery Park City, eliminaron también los cruciales astilleros del sur de Manhattan. «Algo había ido realmente mal con las prioridades y la política de una ciudad en la que se podía hacer desaparecer a 30.000 personas de sus puestos de trabajo y de sus tiendas por un bloque de oficinas estatal [el WTC es propiedad de la autoridad portuaria]», *The Assassination of New York*, Nueva York, 1993, pp. 140-141.

trados han desempeñado el mismo papel en la extinción de los rascacielos que el que jugó el asteroide de Chixulub en la desaparición de los dinosaurios?)

Entre tanto, la «economía del miedo», tal y como ha calificado la prensa financiera al complejo de empresas militares y securitarias que se han precipitado a explotar la crisis nerviosa nacional, se enriquecerá en medio de la escasez general. Desde luego que el miedo ha venido reconfigurando la vida urbana estadounidense desde por lo menos finales de la década de 1960; pero el nuevo terror proporciona un potente multiplicador keynesiano. De modo que se prevé que el ejército de guardias de seguridad mal pagados, que cuenta ya con un millón de miembros, aumente un 50 por 100 o más en la próxima década; mientras que la videovigilancia, por fin reforzada para adecuarse al estándar británico con *software* de reconocimiento facial, desnudará hasta la última intimidad de la rutina cotidiana. Probablemente, el régimen de seguridad de las salas de embarque de los aeropuertos proveerá una plantilla para regular la circulación de grandes masas de gente en centros y explanadas comerciales, eventos deportivos y demás espacios. De los estadounidenses se esperará que expresen gratitud mientras se les escudriña, registra, retrata, interroga y pincha las telecomunicaciones «por su propia seguridad». El capital riesgo entrará a raudales en sectores de vanguardia que desarrollen sensores antiguerra bacteriológica y *software* que permita construir perfiles de la amenaza. Tal y como ilustra ya la evolución de la seguridad doméstica, las tecnologías específicas de la vigilancia, la supervisión medioambiental y el procesamiento de datos confluirán en un único sistema integrado. La «seguridad», en otras palabras, pasará a ser un servicio público urbano hecho y derecho, como el agua y la electricidad.

Sin embargo, pese a los grandes planes de «endurecimiento» y de «aseguramiento contra el terror» de los espacios públicos y de los edificios monumentales del centro de la ciudad, la mayor parte de oficinistas y directivos preferirán consumir las mejoras securitarias más cerca de sus hogares, situados en áreas residenciales a las afueras de la ciudad<sup>34</sup>. La actualización del diseño de los dispositivos para la seguridad física —refuerzo de las estructuras de los edificios, *vapour-and-trace detection systems*, balizas y barreras a la circulación, contenedores para la mitigación de bombas, puertas inteligentes, detectores de metales, cubos de basura a prueba de bombas, portales de vigilancia biométrica, reducción de los aparcamientos de superficie y subterráneos, etc.— impondrá gastos enormes e inevitables a las ciudades que traten de sostener las economías de sus centros urbanos, pero difícilmente detendrá el nuevo éxodo de los

---

<sup>34</sup> Para un análisis aleccionador de los costes de proteger Times Square, Grand Central, la Catedral de St. Patrick y la Estatua de la Libertad, véase David BARSTOW, «Envisioning an Expensive Future in the Brave New World of Fortress New York», *New York Times*, 16 de septiembre de 2001.

puestos de trabajo y de los recursos fiscales. De igual modo, las cuantiosas ayudas públicas a los promotores inmobiliarios y a las empresas arrendatarias pueden ralentizar la tendencia a la desconcentración, pero es probable que no la inviertan. Además, conforme las autopublicitadas «ciudades mundiales» se emplean a fondo de cara al largo asedio, los economistas urbanos y los analistas fiscales se ven obligados a combatir el nuevo demonio de la «desglobalización»: la parte de la producción global de servicios y del turismo internacional que puede que se haya perdido para siempre.

Huelga decir que todo esto se suma a una crisis presupuestaria de una magnitud que puede hacer que la sonadísima debacle municipal de mediados de la década de 1970 parezca insignificante. No cabe duda de que ésta es la situación en Nueva York capital, donde Felix Rohatyn, máxima autoridad financiera de la ciudad nombrada por la banca desde 1973 hasta 1993, ha advertido de la quiebra que se avecina en un momento en el que el Ayuntamiento confronta un déficit que se prevé de 6.000 millones de dólares en un presupuesto de 40.000 millones de dólares<sup>35</sup>. Su previsión resulta especialmente desalentadora para la nueva clase trabajadora inmigrante, ya sepultada bajo los escombros de las industrias en declive del turismo y de los servicios de la ciudad. Tal y como le gustaba advertir al derrotado candidato demócrata a la alcaldía, el robótico Mark Green, la reconstrucción del sur de Manhattan «puede requerir el sacrificio de otros». Puesto que el control del crimen de la era Giuliani es sacrosanto, al igual que lo es la clientela y el renombre comercial de las grandes empresas, los profesionales del recorte presupuestario se pulirán a hachazos los servicios públicos –vivienda, bibliotecas, limpieza, instalaciones recreativas, programas de empleo y similares– que constituyen el cordón umbilical de los abandonados barrios negros y latinos de Nueva York. Con independencia de qué réplica de las Torres Gemelas o qué novedad monumental llene al final el hueco en el sur de Manhattan, probablemente se financiará a costa de una racionalización salvaje del gasto en Washington Heights, Mott Haven y Brownsville. Lo mismo puede decirse de la famosa «solidaridad» de los neoyorquinos<sup>36</sup>.

---

<sup>35</sup> F. ROHATYN, «Fiscal Disaster the City Can't Face Alone», *New York Times*, 9 de octubre de 2001.

<sup>36</sup> «Dentro de la nueva ética del sacrificio común, ¿qué sacrificio exigirá [el próximo alcalde] de la comunidad empresarial? Ni Bloomberg ni Green pudieron darme una respuesta satisfactoria», James TRAUB, «No-Fun City», *New York Times Magazine*, 4 de noviembre de 2001, p. 41.

## IV

*De un modo inmediato e integral,  
el recelo hacia los árabes se convirtió  
en una segunda naturaleza.*

Franz Fanon<sup>37</sup>

Hace tiempo, un turista que visitaba Nueva York envió una postal a casa. «Si todo el mundo se convirtiera en América –escribió el poeta Sayyid Qutb– sería sin duda la ruina de la humanidad.» Enviado por el gobierno egipcio para estudiar los métodos educativos estadounidenses, Qutb desembarcó en el muelle de la calle 42 en el otoño de 1948 siendo un admirador de la modernidad liberal. Pero los Estados Unidos de Truman resultaron un revulsivo para él y experimentó una profunda reconversión religiosa. Regresó a El Cairo dos años después convertido en un ferviente partidario de la Fraternidad Musulmana y pronto fue detenido por ser su propagandista más destacado. En 1966, después de once años en prisión, murió en la horca bajo la falsa acusación de conspirar para derrocar a Nasser. Qutb es universalmente aclamado como el filósofo más importante del islamismo radical, si no literalmente, tal y como afirma el *New York Times*, el «abuelo intelectual de Osama bin Laden y de sus compañeros de terrorismo». Su obra maestra, *Hitos* (1964), suele describirse como la versión islamista del *¿Qué hacer?* de Lenin<sup>38</sup>.

¿Por qué se convirtió Qutb en el anti-Whitman, retrayéndose repugnado de la legendaria agitación de Manhattan? Comprender su hostilidad hacia la autoproclamada «capital del siglo xx» podría arrojar alguna luz sobre la genealogía de los medios musulmanes que han aplaudido la destrucción del símbolo más monumental del capitalismo estadounidense. El análisis simplista, por supuesto, adapta a la persona al estereotipo prefabricado. Así, para Robert Worth y Judith Shulevitz (que escriben por separado en el *New York Times*), el poeta y crítico literario egipcio de 42 años era, al igual que todos los fanáticos musulmanes, un mojigato escandalizado por la «decadencia» de la gran ciudad, por el Informe Kinsey<sup>39</sup>, por el baile y por la promiscuidad sexual. Efectivamente, Qutb se quejaba del conteni-

<sup>37</sup> Franz FANON, «Racist Fury in France» (1959), en *Toward the African Revolution*, Nueva York, 1967, p. 163.

<sup>38</sup> Robert WORTH, «The Deep Intellectual Roots of Islamic Terror», *New York Times*, 13 de octubre de 2001; y Anthony SHADID, *Legacy of the Prophet: Despots, Democrats, and the New Politics of Islam*, Boulder, 2001, p. 58. Para un juicio equilibrado del pensamiento de Qutb –una fascinante combinación de anarcocohumanismo y quiliasmo coránico–, véase Ahmad MOUSSALI, *Moderate and Radical Islamic Fundamentalism*, Tallahassee, 1999, cap. 5.

<sup>39</sup> Nombre por el que se conoce popularmente el libro más controvertido e influyente del sexólogo y zoólogo estadounidense Alfred Charles Kinsey, *Sexual Behaviour in the Human Male* [*Comportamiento sexual en el varón humano*], publicado en 1948 y seguido cinco años después por otro volumen complementario, *Sexual Behaviour in the Human Female* [*Comportamiento sexual en la mujer*]. [N. de la T.]

do «pornográfico» de gran parte de la cultura popular estadounidense, del mismo modo que criticaba la obsesión nacional con cuidar el césped en detrimento de la atención de la vida familiar y el materialismo obtuso que recubría la caridad. Pero el gran escándalo de Nueva York –y aquí su reacción fue la misma que la de García Lorca veinte años antes– era la «*funesta y fanática discriminación racial*». No cabe duda de que Qutb, un hombre negro del alto Egipto, tuvo hirientes encuentros con *Jim Crow*<sup>40</sup>.

Hoy día, las experiencias turísticas de Qutb podrían ser más traumáticas. Podría estar incomunicado, sin derecho a hablar ni con sus familiares ni con un abogado, por el delito «terrorista» de haberse quedado más tiempo en Estados Unidos de lo que su visado se lo permitía o, simplemente, de haber suscitado las sospechas de sus vecinos. El verdadero peso del nuevo miedo urbano –la parte que no es alucinatoria ni está hiperbolizada– lo cargan quienes se adecuan al perfil racial de la angustia blanca: estadounidenses árabes y musulmanes, pero también cualquiera que se cubra la cabeza con algo poco común, que tenga un pasaporte de Oriente Próximo o que sostenga opiniones mal vistas acerca de Israel. Para aquellos atrapados justo en el medio de esta *gestalt* paranoide –pongamos, un taxista pakistaní en Nueva York o un ingeniero electrónico sij en California–, existe la amenaza de la violencia, pero, en aún mayor medida, la certeza de estar bajo la vigilancia de poderes «insondables y fríos e inclementes»<sup>41</sup>. La «alteridad» –árabes, coranes y esporas– se ha convertido en la obsesión central de esa interminable combinación de sesión informativa del Pentágono y de ceremonial de George W. Bush que pasa por televisión estadounidense. A decir verdad, la «Amenaza a América» (otro marchamo de las cadenas) se representa como algo en esencia extraterrestre: Oriente Próximo es el Airado Planeta Rojo que envía a sus monstruos a vivir entre nosotros y a asesinarlos.

### *Tous martiens*

De la violenta reacción en el territorio nacional apenas se ha dicho nada en los medios de comunicación dominantes. Los diarios y las cadenas de

---

<sup>40</sup> Robert Worth, «The Deep Intellectual Roots of Islamic Terror», cit.; Judith SHULEVITZ, «The Close Reader: At War with the World», *New York Times Book Review*, 21 de octubre de 2001; y *Legacy of the Prophet*, cit., p. 57. Véase también John CALVERT, «The World is an Undutiful Boy: Sayyid Qutb's American Experience», *Islam and Christian-Muslim Relations*, vol. II, núm. 1, 2000. Con el nombre de Jim Crow se designa, en Estados Unidos, a la política de segregación y discriminación de la población negra que fue impulsada especialmente a través de leyes aprobadas en los Estados del Sur a finales del siglo XIX y que no fue puesta en cuestión hasta después de la Segunda Guerra Mundial. El término proviene del título de una canción de las plantaciones de principios del siglo XIX. [N. de la T.]

<sup>41</sup> H. G. WELLS, *The War of the Worlds*, Londres, 1898, p. 1 [ed. cast.: *La guerra de los mundos*, Madrid, Anaya, 1999].



noticias de las grandes ciudades han demostrado su preocupación patriótica por la imagen de Estados Unidos en el extranjero, restando importancia a lo que de lo contrario podría haberse reconocido como el equivalente compadre de la *Kristallnacht*. Sin embargo, hasta las estadísticas fragmentarias que se manejan resultan escalofrantes. En las seis semanas que siguieron al 11 de septiembre, los grupos pro derechos civiles estiman que hubo por lo menos seis asesinatos y mil agresiones graves cometidas contra personas percibidas como «árabes» o «musulmanas», entre las que se cuentan varios cientos de ataques contra sijs<sup>42</sup>. El *Texas Observer*, un semanario progresista que se ha negado a minimizar el terror en territorio nacional, informó a principios de octubre sobre la violencia que había «rebotado» por las áreas residenciales de Dallas en el período inmediatamente posterior a los ataques sobre Nueva York y sobre el distrito de Columbia. Además del asesinato xenófobo del dueño inmigrante pakistaní de una tienda de comestibles, se disparó o lanzó explosivos sobre tres mezquitas, un rumano que hacía *footing* recibió una paliza por parecer «de Oriente Próximo» y dos etíopes fueron apuñalados mientras visitaban los jardines botánicos de Fort Worth. Los líderes musulmanes locales culparon a los medios informativos, especialmente al *Morning News* de Dallas, de contribuir a instigar la violencia con titulares incendiarios como «¡Los soldados del terror viven en la casa de enfrente!»<sup>43</sup>.

Si semejantes incidentes recuerdan las «cacerías de árabes» de la Francia metropolitana durante la Guerra de Argelia que Franz Fanon denunciara («hasta acribillaron a balazos a un sudamericano por tener aspecto de norteafricano») <sup>44</sup>, entonces, la búsqueda frenética por parte del Ministerio de Justicia de «células dormidas» de Al-Qaeda aviva el recuerdo de aquella otra gran «batida antiterrorista», las sonadísimas redadas Palmer [*Palmer raids*] de 1919-1920, en las que miles de radicales inmigrantes fueron detenidos sin orden ni causa judicial y, luego, cientos de ellos fueron deportados, tras una serie de explosiones de paquetes bomba en Washington DC. (Las bombas que estallaron en Wall Street se supuso que habían sido una venganza anarquista por las deportaciones.) En esta ocasión, el *New York Times* informa de que once mil y pico personas han sido detenidas y recluidas en el transcurso de la «investigación antiterrorista» del gobierno<sup>45</sup>. Muchas de ellas han desaparecido tras un hermético laberinto federal, en el que se les ha negado la asistencia de un abogado, han recibido palizas de guardias y presos y se les ha vendado los ojos, sometido a aislamiento sensorial y obligado a pasar por el detector de mentiras. Por lo menos un detenido ha muerto y montones de ellos, contra los que no se ha presentado ningún cargo penal, siguen retenidos bajo el arresto inde-

<sup>42</sup> Total de delitos xenófobos extraído del Consejo sobre Relaciones Americano-Isламicas, 22 de octubre; para los asesinatos, véase el *Washington Post*, 26 de octubre de 2001.

<sup>43</sup> Karen OLSSON, «Letter from Dallas», *Texas Observer*, 12 de octubre de 2001.

<sup>44</sup> Franz Fanon, «Racist Fury», cit., p. 163.

<sup>45</sup> «Terrorism investigation», *New York Times*, 10 de noviembre de 2001.

finido que la ley de inmigración permite. Se rumorea que sólo cuatro tienen alguna conexión directa con bin Laden. La mayoría, simplemente, han permanecido en Estados Unidos por más tiempo de lo que su visado se lo permitía o han utilizado identidades falsas: algo nada inusual en una nación donde se calcula que entre diez y doce millones de inmigrantes indocumentados proporcionan una mano de obra barata indispensable.

Fanon probablemente no se sorprendería de que investigadores del FBI frustrados estén presionando, al igual que hizo la Sûreté francesa antes que ellos, para hacer bajar a los sospechosos recalcitrantes a los sótanos a prueba de gritos en los que se guardan las baterías y los electrodos. Por primera vez en la historia de Estados Unidos, existe una campaña pública seria para justificar la tortura en los interrogatorios policiales. Con el apoyo desde la tribuna de distintos periódicos de liberales muy destacados, como el de Jonathan Alter desde el *Newsweek*, el FBI quiere autorización para emplear métodos que el *Washington Post* definió de modo eufemístico como los que «eventualmente utilizan los interrogadores israelíes». Si los tribunales estadounidenses se muestran reacios a un trabajo tan tosco, la alternativa es exportar la tarea y dejarla en manos de grupos de profesionales extranjeros como el Mossad. «Otra idea —explicaba el *Washington Post* el 21 de octubre— es extraditar a los sospechosos a países aliados en los que los servicios de seguridad en ocasiones emplean amenazas a los miembros de la familia o recurren a la tortura.»

A falta de electrodos, sin embargo, el Congreso (salvo un partido de la oposición) ha concedido recientemente al Ministerio de Justicia una cornucopia de poderes expresados en términos muy vagos y ciertamente siniestros. La «Ley de instrumentos adecuados y de eficacia probada requeridos para detener y obstaculizar el terrorismo» [*Proved Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism Act* (PATRIOT)] enjaula a los no ciudadanos, incluidos millones de inmigrantes latinos y asiáticos, en el interior de nuevas categorías inflexibles de vigilancia, acción judicial y posibilidades de deportación. Pero esto no es más que la piedra angular del Estado de Seguridad Patria cuyo pleno desarrollo prevé la administración Bush *junior*. En una conferencia de prensa la víspera de Todos los Santos [*Halloween*], Colin Powell, en un tono propio de alguien que hubiera acabado de terminar de leer el *Neuromante*, se recreaba exponiendo planes para un inmenso depósito centralizado de datos que almacenaría «cualquier detalle desacreditador» sobre turistas y posibles futuros inmigrantes. Los organismos de seguridad del Estado federal se están reestructurando de forma que el FBI pueda centrarse de manera permanente en la Guerra contra el Terrorismo —lo cual significa que se convertirá en gran medida en una policía migratoria de elite—, mientras que una misteriosa nueva entidad del Pentágono, el Comando de Defensa de la Patria, adoptará supuestamente la frontera mexicana como principal campo de batalla. Tanto México como Canadá están recibiendo presiones tremendas para endurecer sus políticas migratorias de acuerdo con los

estándares marcados por Washington. A decir verdad, para regocijo de nativistas y neofascistas de todas partes, todo el bloque de la OCDE parece estar elevando puentes levadizos y echando cerrojo a las puertas para mantener a raya al resto de la humanidad.

La globalización del miedo se ha convertido en una profecía autocumplida. Automáticamente, el Consejo de Seguridad endosó el cheque en blanco que el Congreso había extendido a la Casa Blanca para «librar al mundo del mal», dejando que pilotos de caza estadounidenses tiraran bombas de dispersión, con los nombres de los bomberos muertos de Manhattan escritos en tiza, sobre las ruinas de Kabul –una ciudad infinitamente más trágica que Nueva York–. El terror se ha convertido en el esteroide del imperio. Aunque nerviosamente, el orden establecido en todas partes se ha reunido en torno a las barras y a las estrellas de la bandera estadounidense. Tal como ha señalado un Henry Kissinger exultante, uno de esos cadáveres todavía en pie, es lo mejor que ha pasado desde que Metternich cenó por última vez con el zar\*.

---

\* Texto procedente del libro de Mike Davis, *Dead Cities*, que se publicará en 2002.